



JUGAR A PENSAR CON CUENTOS

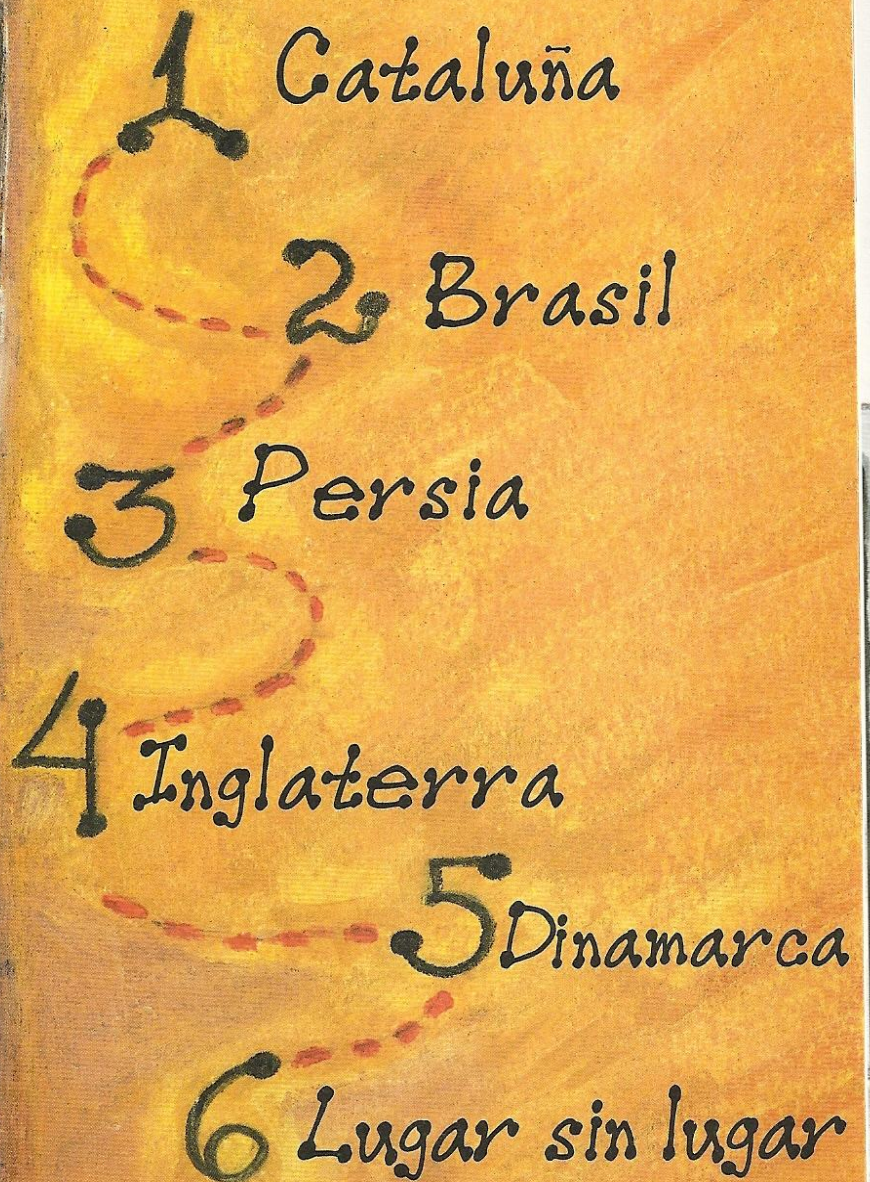
Irene de Puig - Angélica Sátiro

Ilustraciones de Regina Miranda

Eumo Editorial - Octaedro



LA
MARIQUITA
JUANITA

- 
- 1 Cataluña
- 2 Brasil
- 3 Persia
- 4 Inglaterra
- 5 Dinamarca
- 6 Lugar sin lugar

LA MARIQUITA JUANITA paseaba por el jardín. Debajo de una flor encontró un papelito viejo enrollado. Poco a poco lo fue desenrollando para poderlo leer.

¡Qué sorpresa! ¡Era un mapa!

La mariquita, muy feliz, pensó: «¡Qué bien! Yo quería viajar para conocer otros jardines y otros lugares del mundo. Ahora ya tengo un mapa que me orientará. ¿Adónde iré?»

Lo decidió saltando sobre el mapa. Iría allí donde cayesen sus patitas.

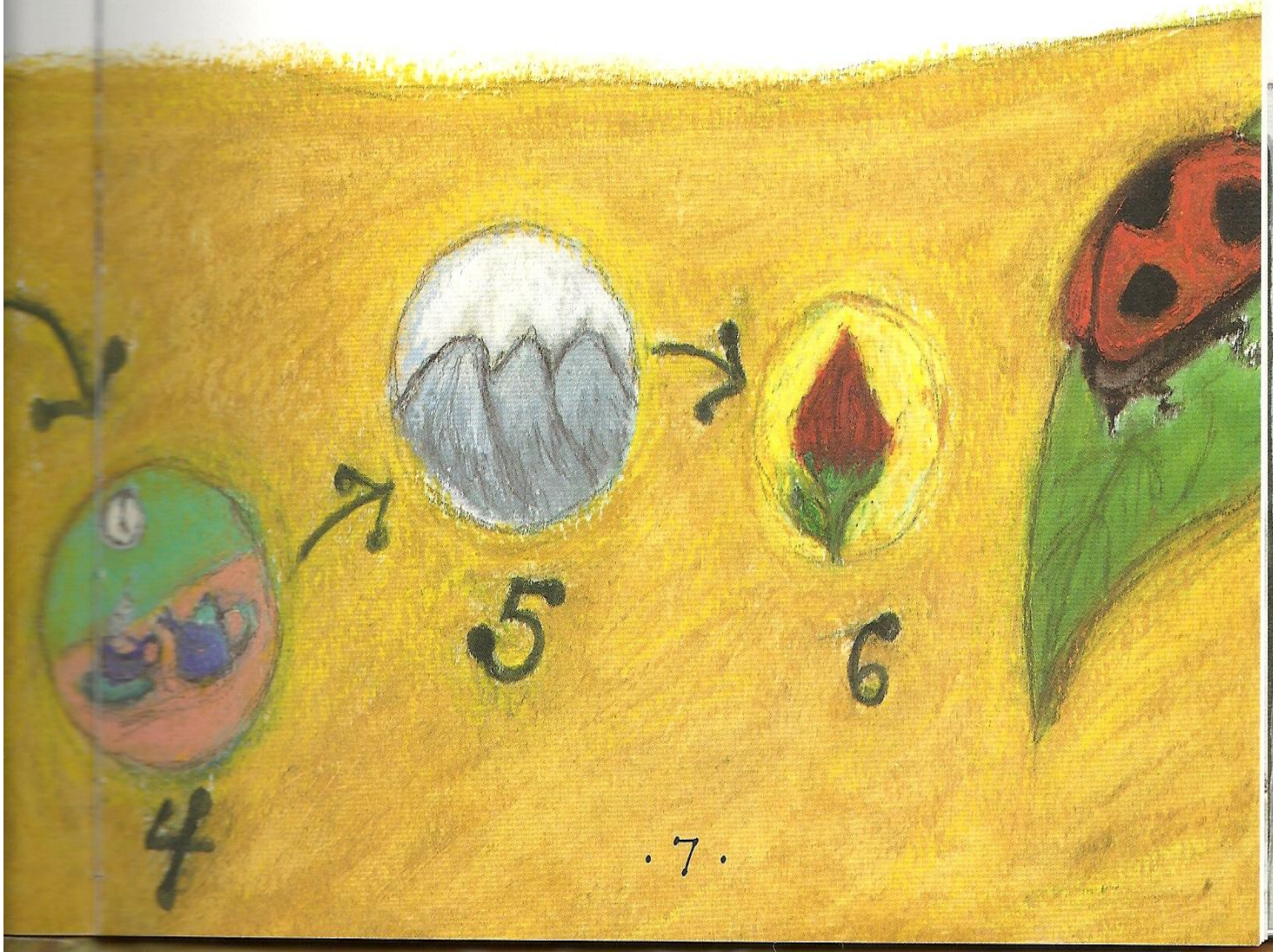
La mariquita fue saltando y escogiendo los lugares que visitaría. ¿Cuál era su primer destino?



Viro con mas atencion: cerca del mar Mediterraneo.
Una vez decidido su destino, nuestra mariquita se echó a volar con su mochilita a cuestas...

Vio muchas cosas sorprendentes en Cataluña, pero una cosa le interesó especialmente: «Me gustan mucho los cuentos y allí me contaron uno que me divirtió mucho.»

A continuación, sacó un cuento de la mochila y empezó a leer. ¿Queréis que lo leamos con ella?



GARBANCITO

ÉRASE UNA VEZ un padre, una madre y un hijito tan y tan pequeñito que le llamaban Garbancito. Era pequeño como un garbanzo, pero listo como el que más. También era muy trabajador, todo lo quería hacer, a todas partes quería ir.

Un buen día, su madre, mientras preparaba la comida, se dio cuenta de que le faltaba azafrán. Dijo en voz alta y un poco preocupada:

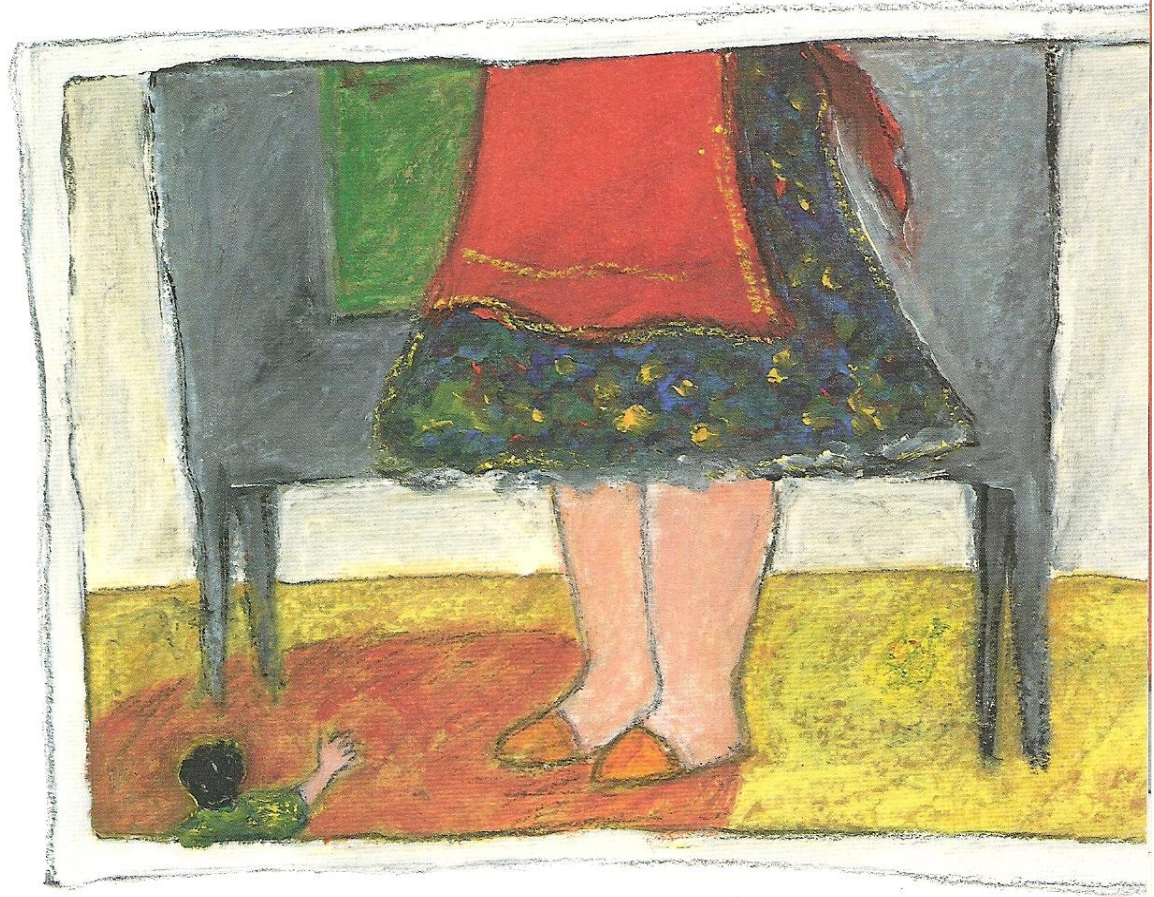
—¡Vaya, no tengo azafrán y lo tendré que ir a comprar!



Pero Garbancito, que la oyó, le dijo:

—No, mamá, no te preocupes, ya iré yo a comprarlo.

Su madre le dijo que de ninguna manera, que era demasiado pequeño y que al andar por la calle las personas no lo verían y lo podrían pisar.



Garbancito le respondió que iría cantando por la calle y así la gente si no lo veía, por lo menos lo oiría.

Tanto insistió Garbancito que al final la convenció. Así que su madre le dio un céntimo y Garbancito se fue contentísimo a la tienda.

Por el camino, para que la gente no lo pisara, Garbancito iba cantando:

*PATIM, PATAM, PATUM,
PONGAN TODOS ATENCIÓN.
PATIM, PATAM, PATUM,
NO ME DEN UN PISOTÓN.*

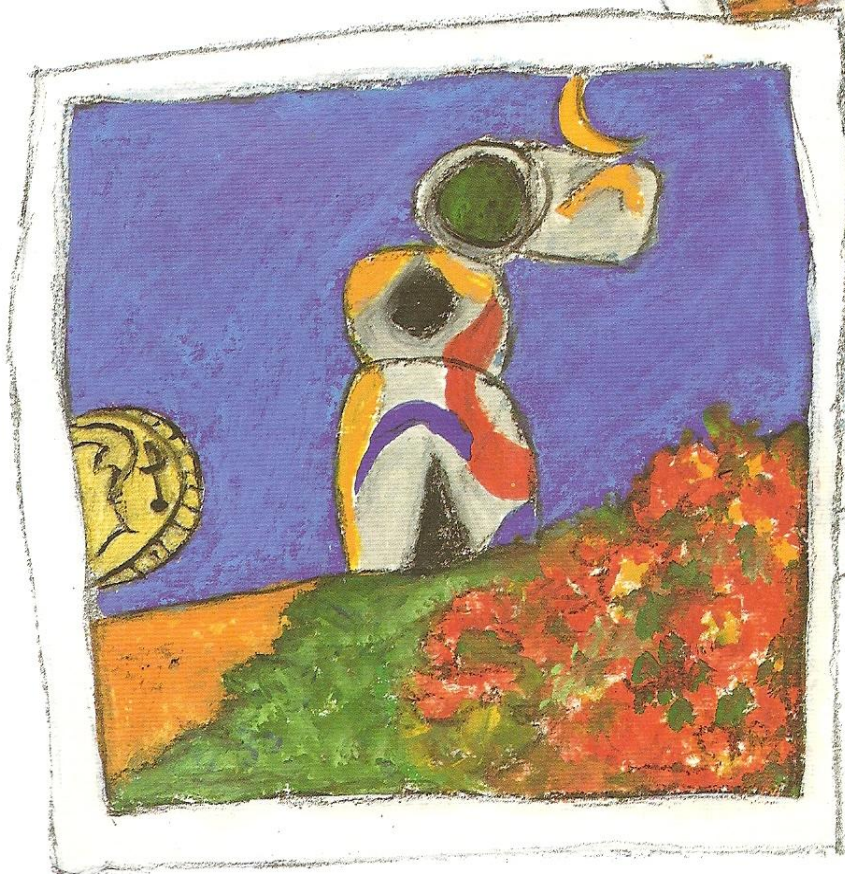
Al llegar a la tienda nadie vio a Garbancito y, para que le atendieran, se puso a gritar:

—¡Por favor, señor, señor! ¡Quisiera un céntimo de azafrán!

El vendedor miraba y miraba por todas partes, pero no conseguía ver de dónde venía aquella voz:

—¿Quién grita por ahí?

Hasta que vio una moneda que se movía. La recogió y puso un cucurucho con azafrán allí donde estaba la moneda.





Garbancito se cargó el cucurucho a cuestras y se fue a casa muy satisfecho cantando:

*PATIM, PATAM, PATUM,
PONGAN TODOS ATENCIÓN.*

*PATIM, PATAM, PATUM,
NO ME DEN UN PISOTÓN.*



Cuando la madre lo vio llegar se puso muy contenta, y le dijo:

—Ahora quédate aquí que yo iré al campo a llevar el cesto de la comida a papá.

Pero Garbancito se sentía tan valiente y tan mayor que le pidió permiso para ir él solo.

La madre no quería de ninguna manera, pero él insistió tanto que al final le dio el cesto, y le dijo:

—Pero tienes que ir con mucho cuidado, hijo mío, porque ir por el campo es más difícil que ir por la calle.

—No tengas miedo, mamá, por si acaso yo iré cantando mi canción.

Y así lo hizo. Mientras caminaba con el cesto de la comida, iba cantando:

*PATIM, PATAM, PATUM,
PONGAN TODOS ATENCIÓN.*

*PATIM, PATAM, PATUM,
NO ME DEN UN PISOTÓN.*



Pero todavía no iba por la mitad del camino cuando un nubarrón negro se acercó y empezó a llover a mares. Garbancito, para no mojarse ni él ni el cesto, se resguardó bajo una col muy grande.

Por allí paseaba un buey que al ver aquella col tan preciosa se la zampó, y con la col se tragó también a Garbancito y el cesto de la comida.

Mientras tanto el padre esperaba y esperaba. Al ver que nadie le llevaba la comida se fue a casa con la intención de encontrar al culpable. Cuando llegó, se dieron cuenta de la desaparición de Garbancito.

Enseguida pensaron que había sucedido algo grave. Los padres, alarmados, salieron gritando desesperadamente:

—Garbancito, ¿dónde estás?

—Garbancito, ¿dónde estás?

Y Garbancito, que les oyó, contestó:

*¡ESTOY EN LA BARRIGA DEL BUEY,
POR ESO NO ME VEIS!
¡CUANDO EL BUEY SE TIRE UN PEDO
GARBANCITO SALDRÁ DE NUEVO!*

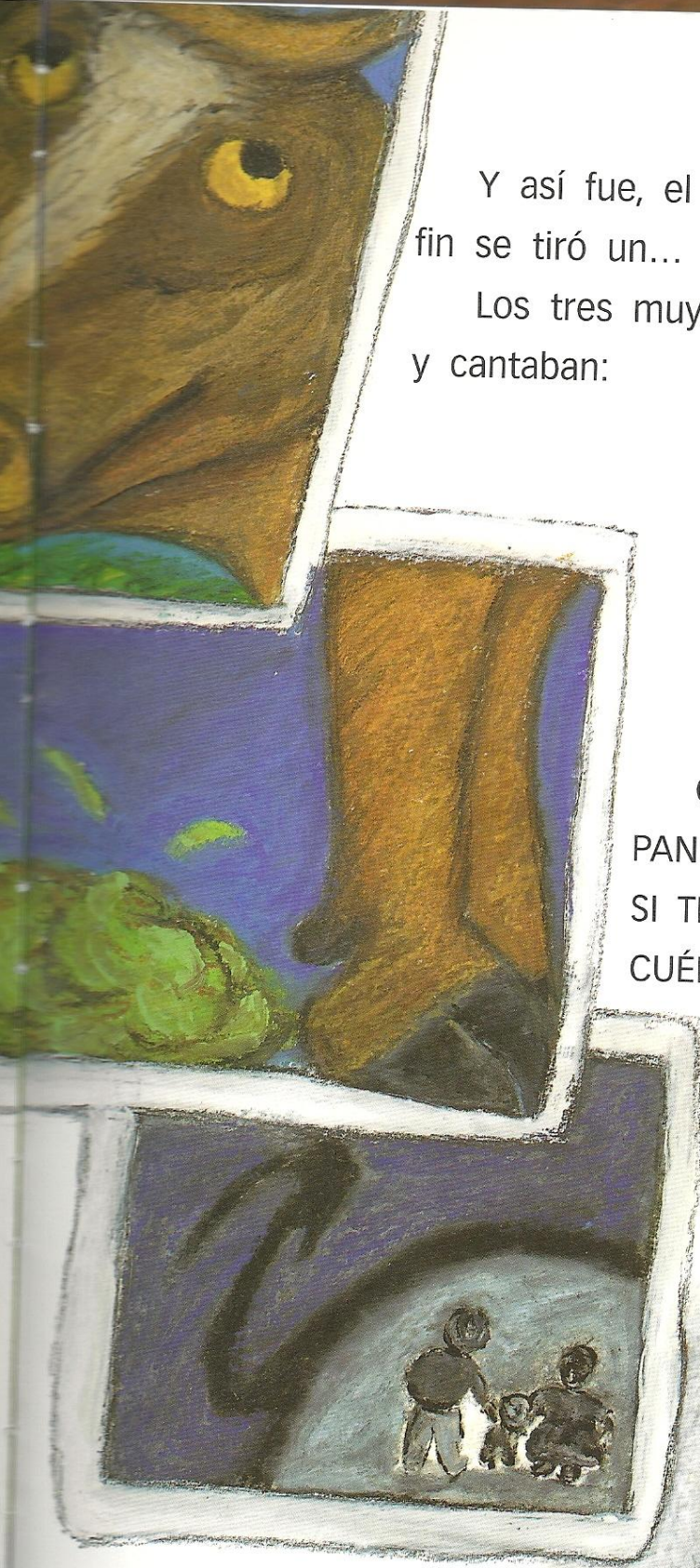
Pero los padres apenas lo oyeron y siguieron gritando en todas direcciones. Finalmente, cerca del buey, oyeron una voz que decía desde dentro de la barriga:

*¡ESTOY EN LA BARRIGA DEL BUEY,
POR ESO NO ME VEIS!*

Cuando encontraron al buey, decidieron amontonar hierba fresca delante de él para que se la comiera. Mientras el buey iba comiendo y se iba hinchando, los padres decían en voz alta:

*¡CUANDO EL BUEY SE TIRE UN PEDO
GARBANCITO SALDRÁ DE NUEVO!*





Y así fue, el buey comió tantísimo que por fin se tiró un... y salió Garbancito de nuevo. Los tres muy contentos formaron un corro y cantaban:

*PATIM, PATAM, PATUM,
PONGAN TODOS ATENCIÓN.
PATIM, PATAM, PATUM,
NO ME DEN UN PISOTÓN.*

CUENTO CONTADO,
PAN CON TOCINO,
SI TE HA GUSTADO,
CUÉNTASELO A TU VECINO.

«¡Hum!», exclamó la mariquita Juanita. «¡Qué cuento tan divertido! Pero hay algunas cosas que no he acabado de entender. Por ejemplo:



- ¿Cómo puede ser que Garbancito, siendo tan pequeño, pudiera cantar con una voz tan fuerte?
- ¿Garbancito estaba entero cuando se encontraba dentro de la barriga del buey?
- ¿Cómo salió Garbancito de la barriga del buey?

»¡Ah! Este cuento me hace pensar en muchas cosas... en su canción:

PATIM, PATAM, PATUM...

»¿La volvemos a cantar?

¿La bailamos?

¿Jugamos a hacer teatro con el cuento de Garbancito?

¡Nos lo podemos pasar muy bien!

»¡UPPP! Es hora de ir al Brasil. Quizás allí también encontraré un cuento o una leyenda entretenida y bonita.»



HABÍA UNA VEZ UN SACÍ PERERÉ

DUERME MI NIÑO, DUÉRMETE YA,
SI NO EL HOMBRE DEL SACO...

Cantaba la madre para dormir al pequeño Pablo.

Pero cuando oyó hablar del hombre del saco, Pablo se desveló de golpe.

—¿Qué es el hombre del saco?

—No se dice qué es sino quién es.

—Mmm, no lo entiendo.

—El hombre del saco es un brujo que vive en el bosque. También es amigo de los sacíes pererés.

—¿Sacíes pererés?



—Paaablo, deberías dormir.

—No mamá, explícame
quiénes son los
sacíes pererés.

La madre sabía
que a Pablo le
gustaban mucho los
cuentos, especialmente
antes de ir a dormir,
y le dijo:

—Pero me tienes que
prometer que después del
cuento te dormirás,
¿de acuerdo?

Pablo asintió con la
cabeza. Se echó y se puso
cómodo para escuchar la historia.

La madre empezó a contar:

—Hace muchos años, mi abuelo, que se llamaba Luis
y viajaba con frecuencia por Brasil, oyó esta historia que
yo ahora te contaré. Él me la contó cuando yo era muy
pequeña, tan pequeña como tú.

—¿Cuando tenías cinco años, mamá?

—Sí. Pues bien, el abuelo Luis me explicó que una vez,
en uno de sus viajes, un viejo soldado brasileño le dijo que
había tres tipos de sacíes.





—¿Tres tipos de sacíes? —preguntó Pablo.

—Eso es, pero los más conocidos eran los sacíes pererés.

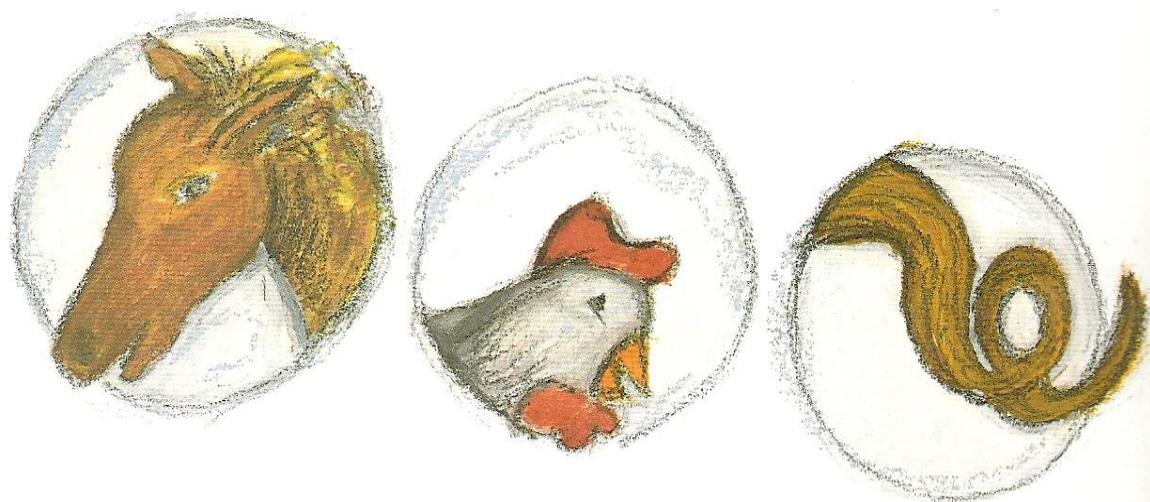
—¡Oh!

—Un sací pereré, decía el soldado, es un duende negrito con una sola pierna que lleva un gorrito rojo... Algunos dicen que fuma pipa. Yo nunca he visto ninguno, pero parece ser que cuando el sací pereré quiere esconderse gira sobre su pierna y hace un remolino de viento que arrastra polvo y hojas y desaparece delante de los ojos de la gente. Como siempre aparecen en la oscuridad es muy difícil verlos.

»Por eso la gente de aquellas tierras sospecha que cuando de noche se ve un remolino de viento es muy posible que un sací se esconda para que no lo vean.

Pablo se encogió, sintió un poco de miedo, y dijo:

—Ahora no, pero mañana, de día, miraremos por la ventana, ¿verdad que sí, mamá?



La madre de Pablo sonrió y continuó:

—Mi abuelo explicaba que a los sacíes les gusta mucho hacer travesuras, como a ti: lo dejan todo perdido de harina, rompen las puntas de las agujas, ponen moscas en los platos de sopa, asustan a las gallinas, hacen trenzas en las crines de los caballos, tiran del rabo a las vacas...

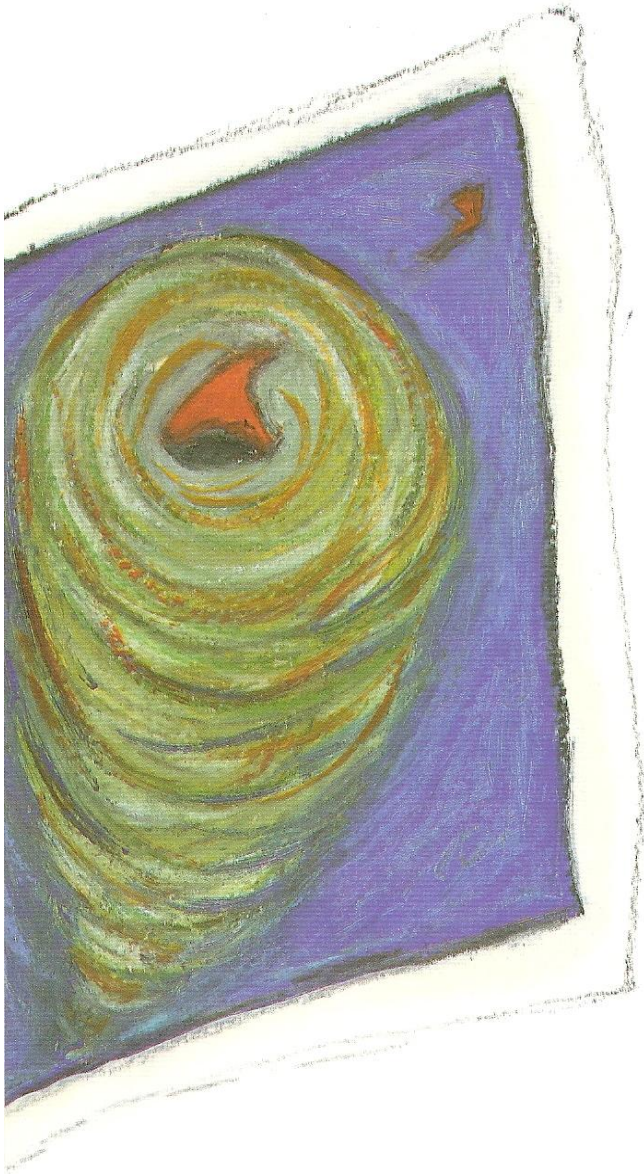
»¡Ah! También les gusta mucho esconder los objetos, sólo para ver cómo la gente los busca. Se ocultan en un rincón y se tronchan de risa. No cometen grandes maldades pero saben hacer todo tipo de travesuras.



»Una vez, el viejo soldado quiso atrapar a uno.
Y lo preparó todo tal como le habían dicho. Buscó
una cesta en la cocina de su casa y se escondió detrás
de un árbol. Con la cesta boca abajo esperó que se hiciera
de noche. Sólo necesitaba esperar que un sací pasara por
allí y... ¡zas! capturarlo con la cesta.

—Le preparó una trampa, ¿verdad mamá?

—Eso mismo, hijo. Y esto fue lo que ocurrió. El viejo
soldado vio un remolino de viento y cuando el remolino



estaba cerca del árbol se lanzó con la cesta boca abajo para capturar al sací. Sin levantar la cesta, puso la mano dentro y tocó algo, pero cuando sacó la mano se dio cuenta de que sólo había atrapado un gorrito rojo. Mientras lo miraba, levantó un poco la cesta y de repente se formó un remolino tan fuerte que levantó la cesta por los aires y se llevó el gorrito rojo que el soldado tenía en la mano.

»¡Pobre soldado!

—prosiguió la madre—. Él no sabía que los sacíes obedecen a quienes capturan su gorrito y como son duendes mágicos

pueden hacer que sus deseos se cumplan.

—¿De verdad? —preguntó Pablo a media voz.

—Eso es lo que cree la gente de aquellas tierras —contestó la madre en un susurro—. Tanto es así que algunos viajeros llevan tabaco de pipa para atraer a los sacíes, si los encuentran en el camino.

»Explicaba mi abuelo que desde aquella noche el viejo soldado se dedicó a perseguir a los sacíes. Cada noche se escondía detrás de un árbol u otro para poder atrapar alguno. Pero parece que los sacíes lo supieron y nunca más volvieron a pasar por aquel lugar.



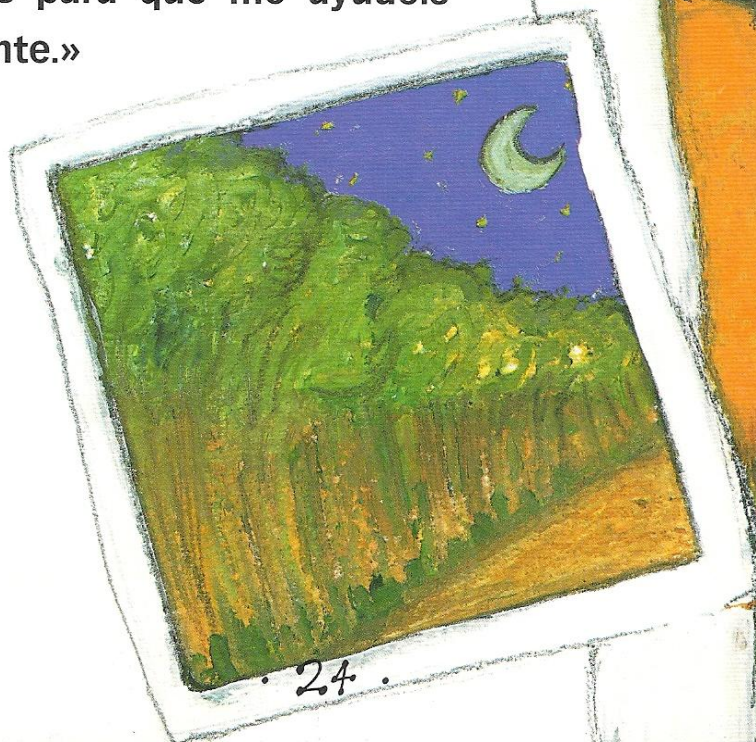
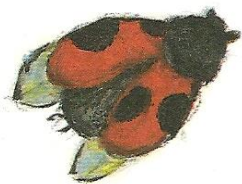
La madre no sabía si seguir o no, pero miró la carita del pequeño Pablo y vio que dormía profundamente. Aquella noche Pablo soñó con remolinos, cestas y un gorrito rojo.

«¡Menuda historia! Se la contaban unos a otros: el viejo soldado se la contó al abuelo, el abuelo a la madre de Pablo, la madre de Pablo a Pablo...

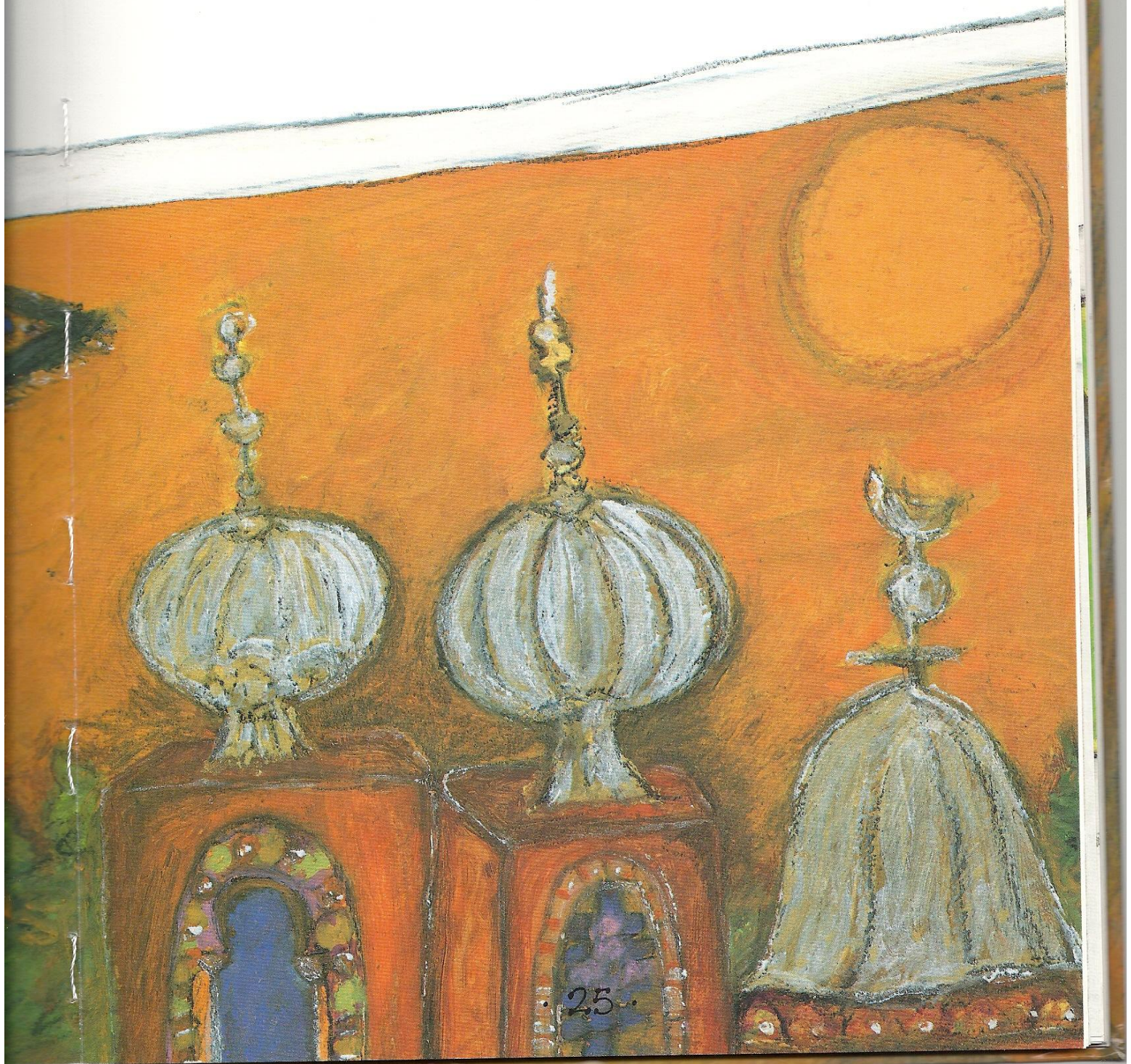
»¿Y yo? ¿A quién se la puedo contar? ¿Tú me ayudarías? ¡Vamos a intentarlo! Buscad a un niño o a una niña que no haya oído esta historia y se la contáis, ¿de acuerdo?

»¿Sabéis una cosa? Estaba pensando que yo conozco otros personajes que se parecen a un sací pereré. ¿Me podéis ayudar también? ¿Intentamos pensar todos juntos...?

»¿Y si intentamos dibujar cómo creemos que es un sací? ¿Lo conseguiremos? Me pararé aquí, dejaré un ratito mi mochila, y me sentaré con vosotros para que me ayudéis tranquilamente.»



«¡Oh!», exclama la mariquita colocando tu dibujo en su mochila. «¡Mi mochila está cada vez más llena...! Ahora voy a ir a... ¡Ay!, se me ha caído el mapa... Aquí está. Me voy a Persia... ¿Dónde está Persia? Ya lo veo, está en Oriente.»



ALADINO Y LA LÁMPARA MARAVILLOSA

ÉRASE UNA VEZ, EN UN LEJANO PAÍS DE ORIENTE, un niño travieso y juguetón que siempre andaba por las calles y plazas de su ciudad. Este niño se llamaba Aladino. Vivía con su madre, que era viuda y muy pobre.

Un día, un mago malvado descubrió que Aladino podría llegar a ser el amo de un gran tesoro y quiso conseguirlo para sí mismo. Así que fue a la casa de la madre de Aladino y la engañó:

—¡Oh, querida cuñada! Por fin te encuentro. Soy el hermano de tu difunto marido el tío de Aladino. Puesto que no tenéis mucho dinero yo os ayudaré.

Tanto Aladino como su madre lo creyeron. El mago les compró ropas y comida. Después de ganarse su confianza, llevó a Aladino a un bosque donde el mago sabía que estaba el tesoro que sólo Aladino podía conseguir. Una



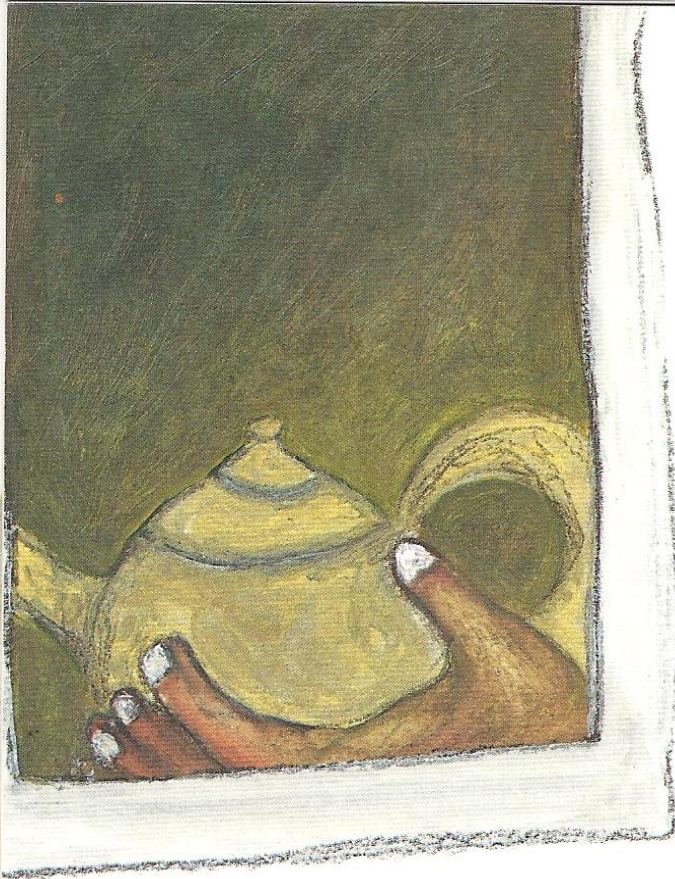


vez allí, el mago dijo unas palabras mágicas, la tierra se abrió y se formó un gran agujero. A continuación hizo bajar a Aladino al fondo del agujero y le dio un anillo que lo protegería si se encontraba en peligro.

—Baja hasta el fondo, recoge una lámpara dorada y tráemela —le dijo el mago con un gran vozarrón.

Aladino fue bajando y se dio cuenta de que el agujero estaba lleno de oro, joyas y piedras preciosas.

Se entretuvo llenándose los bolsillos con todas las joyas que estaban al alcance de su mano. Impaciente y muy enfadado el mago le dijo:



—¿No quieres subir? ¡Si no subes ahora mismo y me das la lámpara te quedarás ahí abajo para siempre!

A continuación, hizo que se cerrara de nuevo la tierra y se marchó furioso, convencido de que Aladino había muerto. Aladino, en el fondo del agujero, estaba condenado a morir, olvidado de todo el

mundo. Entonces se acordó del anillo. Empezó a acariciarlo y en una de las caricias se oyó un gran ruido y apareció un genio que, con voz ronca, le dijo:

—Ordenadme lo que queráis, mi amo. Soy el genio del anillo y también vuestro esclavo.

—¿Me puedes sacar de aquí y llevarme a mi casa? —preguntó Aladino.

Y ¡paf! Ya estaba en casa, al lado de su madre, con la lámpara y las piedras preciosas.

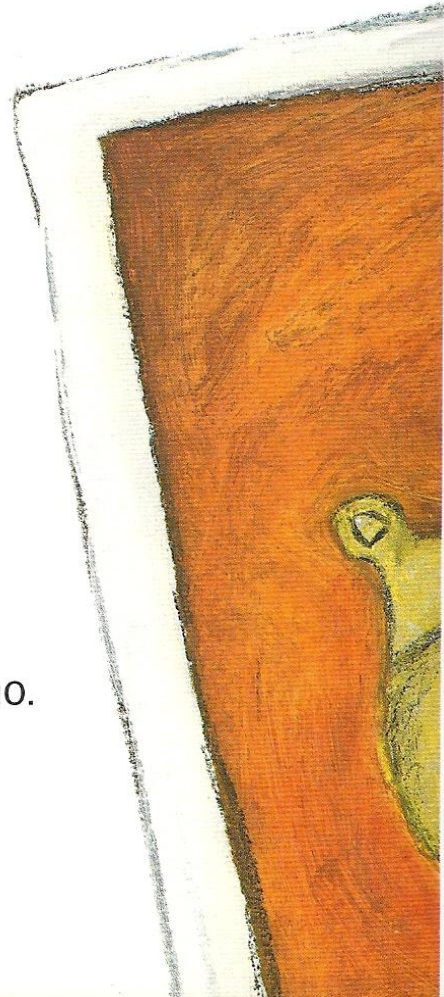
—¡Caramba, qué bien!

Aladino explicó a su madre la traición del falso tío. Ella se quedó muy asombrada.

—Mamá, tengo mucha hambre —dijo Aladino.

—Hijo mío, no tengo nada para darte.

—Iré a vender esta lámpara al mercado.



—Espera —dijo la madre—, la limpiaré un poco. Limpia tendrá mejor aspecto y te darán más dinero.

Tan pronto como empezó a frotarla comenzó a salir de la lámpara una humareda que fue tomando forma humana.

—Soy el genio de la lámpara y esclavo de su propietario.

Aladino pidió comida al genio y al instante apareció una gran mesa preparada con platos de oro, cubiertos de plata, copas de cristal y los manjares más exquisitos.



Con la venta de los platos y los cubiertos, madre e hijo ya no padecieron más hambre.

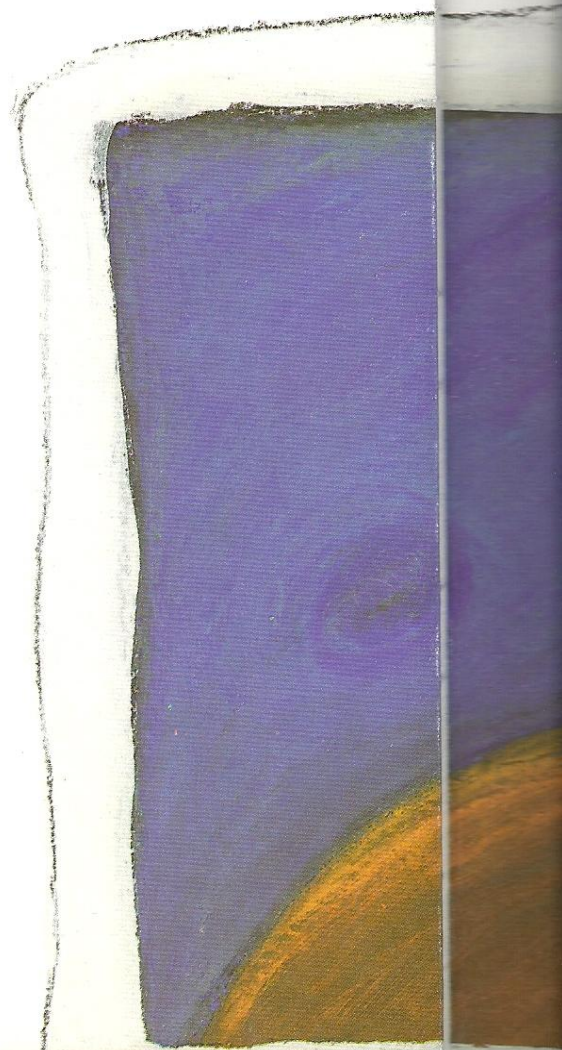
Aladino fue creciendo y un buen día, mientras contemplaba la comitiva del sultán, se enamoró locamente de la princesa y se prometió que algún día se casaría con ella. Muy decidido fue a pedir la mano de la joven. Pero el visir, que es una especie de ministro del sultán, quería casar a su hijo con la princesa, y temiendo que Aladino cautivase la voluntad del monarca con su gracia y sus tesoros, quiso ganar tiempo. El visir aconsejó al sultán:

—Pedidle que primero construya un palacio para vuestra hija, si es que se quiere casar con ella.

Aladino volvió a su casa y frotó la lámpara maravillosa. Ordenó al genio construir el palacio más bonito del mundo delante del palacio del sultán. Y el genio lo construyó en una sola noche.

La noticia corrió por todo Oriente y llegó a oídos del mago malvado que supo enseguida que aquel prodigio sólo podía ser obra de la lámpara de Aladino. El mago pensó su venganza: le robaría la lámpara a Aladino.

Aladino volvió al palacio para buscar a la princesa y la llevó a su palacio. Una vez instalada, Aladino salió para hacer los



preparativos de la boda. Mientras tanto el mago se disfrazó de vendedor y fue hasta el palacio de Aladino. Al pie de una de las ventanas se puso a gritar con voz potente:

—¡Cambio lámparas viejas por lámparas nuevas!

Y una criada despistada le cambió la lámpara del genio, que estaba un poco vieja, por una lámpara nueva bien brillante.

Cuando el mago tuvo la lámpara en su poder, la frotó y ordenó al genio:

—Traslada el palacio de Aladino, a todos los que viven en él y a mí muy lejos de este lugar.



Cuando Aladino volvió y vio que no estaba ni el palacio ni la princesa, se acordó de su anillo mágico. Pidió al genio del anillo que volviese a poner el palacio en su lugar. El genio del anillo le dijo que no podía hacerlo porque no se podía enfrentar al genio de la lámpara, pero si quería lo podía llevar allí donde se encontraba el palacio. Y así fue. Una vez allí, Aladino se escondió entre los magnolios del jardín, preparó una bebida envenenada y se la dio a la princesa para que ella se la hiciese beber al mago malvado.



Aquella misma noche, cuando el mago fue a ver a la princesa, ella le dio la bebida que le causó la muerte. Aladino salió de su escondite y recuperó la lámpara. La frotó y cuando el genio salió como un remolino, le dijo:

-Genio, vuelve a llevar el palacio a su lugar.

-Como ordenéis, mi amo,

Cuando el sultán y los habitantes de su palacio vieron a la princesa y a Aladino sanos y salvos, estuvieron tan contentos que organizaron una gran fiesta de bienvenida.



TODOS VIVIERON MUY FELICES
Y COMIERON PERDICES.

«¡Ah, qué cuento tan maravilloso! Pero yo me pregunto, ¿qué le habría pasado a Aladino si no hubiera frotado la lámpara? ¿Cómo habría podido salir del agujero sin el anillo mágico?

»También me pregunto: ¿qué habría podido hacer Aladino para casarse con la princesa sin la ayuda de la lámpara?»

«Y ahora, mi próximo viaje desde Oriente es hacia... ¡Una granja de la vieja Inglaterra!»



LA GALLINA LINA

ROOO-HUMMM ROOO-HUMMM
AHHH-PI-PI-PIIIA
ROOO-HUMMM ROOO-HUMMM
AAHHH-PI-PI-PIIIA

Dormía la gallina Lina.

ROOO-HUMMM ROOO-HUMMM
AAHHH-PI-PI-PIIIA

Dormía, dormía...

En la vieja granja una tarde de primavera la gallina Lina estaba haciendo la siesta, cuando... ¡chaf!, alguna cosa le cayó sobre la cabecita.

—¡Ay, pobres de nosotros!
—exclamó la gallina Lina—. El cielo se está cayendo a pedazos. ¡Tengo que ir a buscar a mi amo enseguida!

¡Co-co, co-co, co-co-ri-cooo!



Empezó a caminar y al cabo de un rato se encontró con el gallo Gargallo.

—Buenos días, gallo Gargallo —le dijo ella.

—Buenos días, gallina Lina —dijo el gallo Gargallo—.

¿Adónde vas tan temprano?

Quiquiriquí, quiquiriquííí.

—Pues voy a avisar a mi amo de que el cielo se está cayendo a pedazos.

Co-co-ri-cooo.

—¿Puedo ir contigo?

Quiquiriquí, quiquiriquííí.

—Claro que sí.

Co-co-ri-cooo.



Y la gallina Lina y el gallo Gargallo se fueron juntos a avisar al amo de que el cielo se estaba cayendo a pedazos. Y camina que caminarás, se encontraron con el pato Honorato.

—¿Adónde vais, gallo Gargallo y gallina Lina?

Cuac-cuac, cuac-cuac.

—Vamos a avisar al amo de que el cielo se está cayendo a pedazos —dijeron la gallina Lina y el gallo Gargallo.

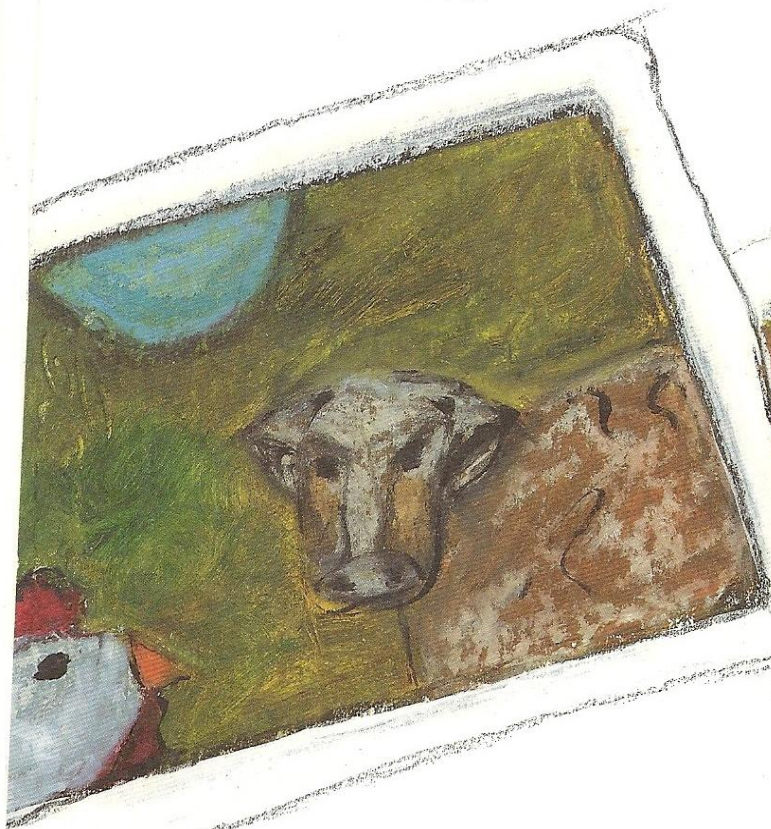
Co-co-ri-cooo.

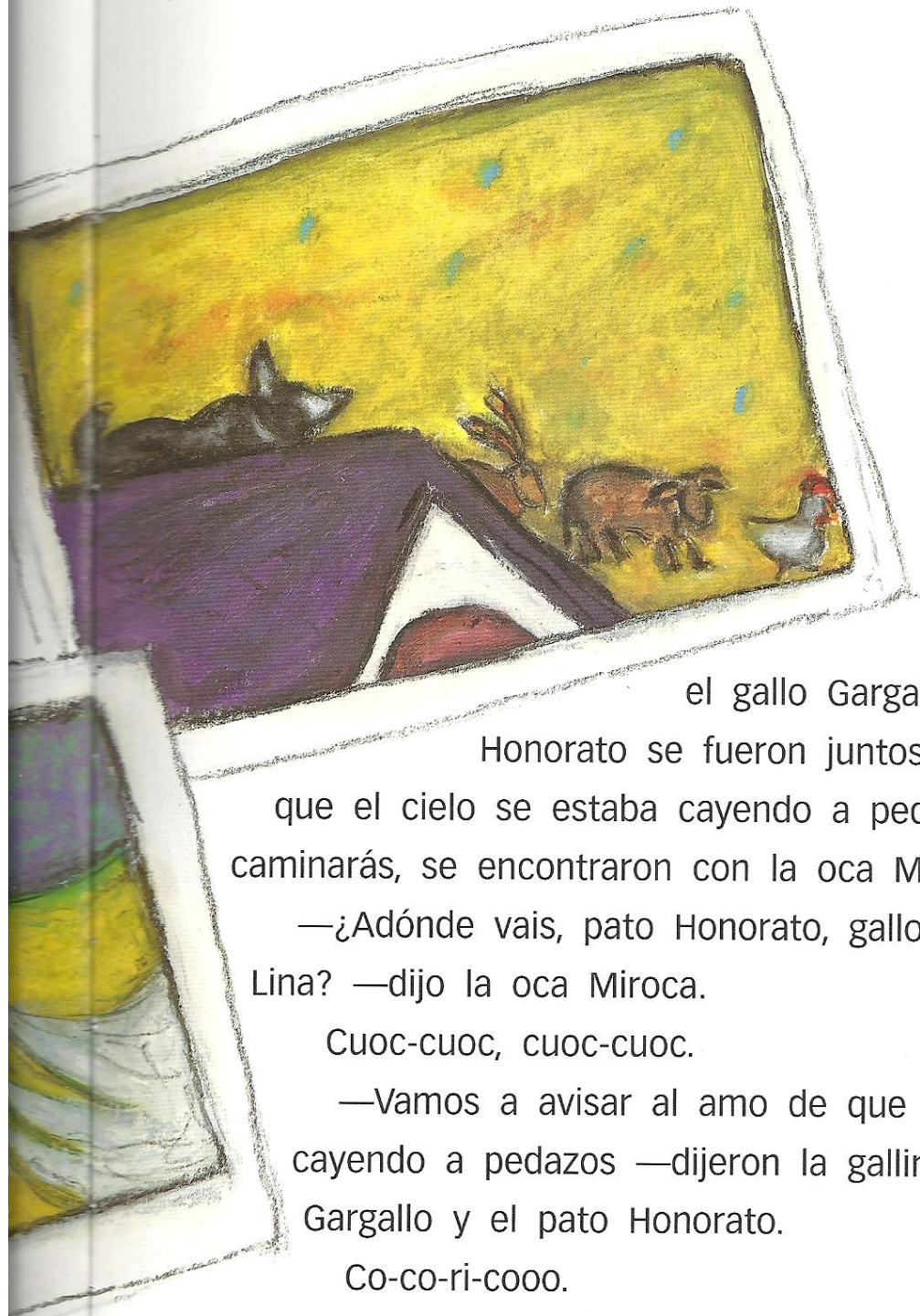
—¿Puedo ir con vosotros?

Cuac-cuac, cuac-cuac.

—Claro que sí.

Co-co-ri-cooo.





Y la gallina Lina,
el gallo Gargallo y el pato
Honorato se fueron juntos a avisar al amo de
que el cielo se estaba cayendo a pedazos. Y camina que
caminarás, se encontraron con la oca Miroca.

—¿Adónde vais, pato Honorato, gallo Gargallo y gallina
Lina? —dijo la oca Miroca.

Cuoc-cuoc, cuoc-cuoc.

—Vamos a avisar al amo de que el cielo se está
cayendo a pedazos —dijeron la gallina Lina, el gallo
Gargallo y el pato Honorato.

Co-co-ri-cooo.

—¿Puedo ir con vosotros?

Cuoc-cuoc, cuoc-cuoc.

—¡Claro que sí!

Y la gallina Lina, el gallo Gargallo, el pato Honorato y la oca Miroca se fueron juntos a avisar al amo de que el cielo se estaba cayendo a pedazos. Y camina que caminarás, se encontraron con el pavo Gustavo.

—¿Adónde vais oca Miroca, pato Honorato, gallo Gargallo y gallina Lina?

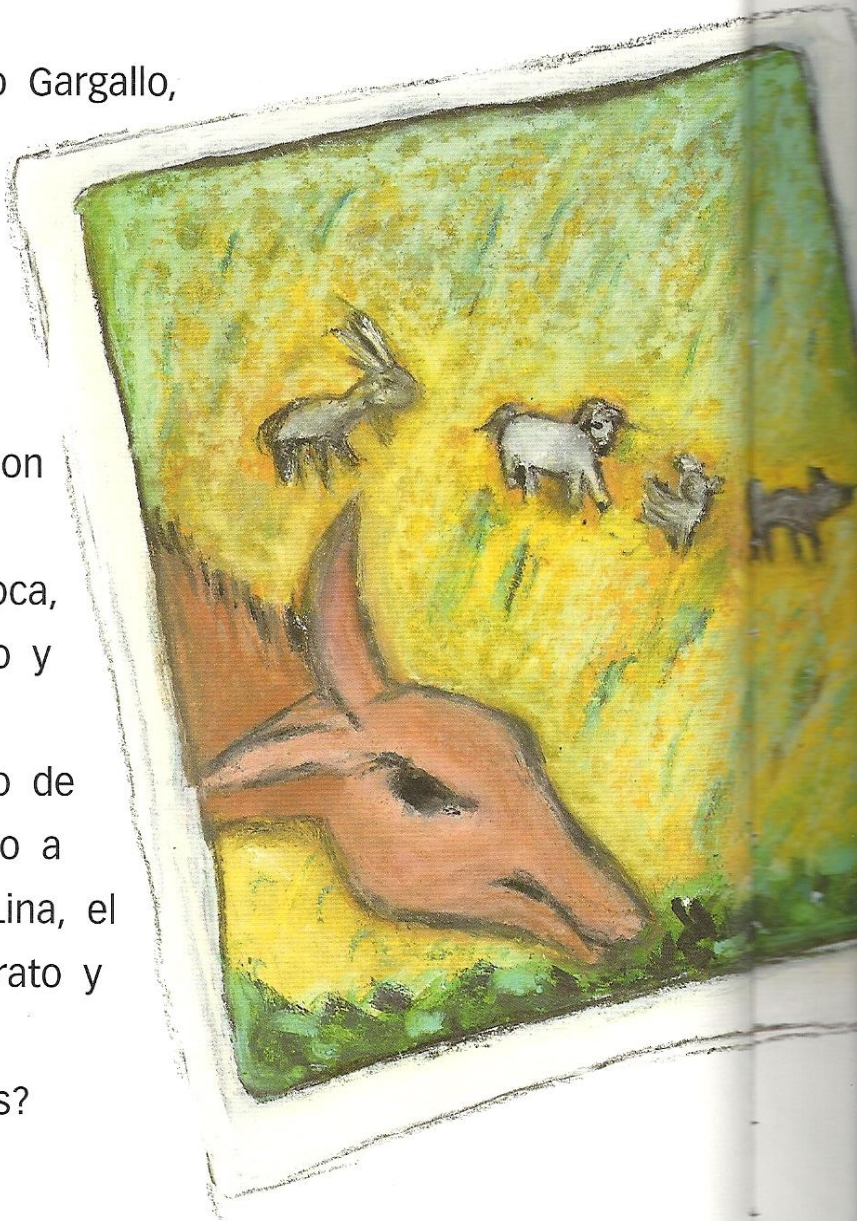
—Vamos a avisar al amo de que el cielo se está cayendo a pedazos —dijeron la gallina Lina, el gallo Gargallo, el pato Honorato y la oca Miroca.

—¿Puedo ir con vosotros?

—Claro que sí.

Y la gallina Lina, el gallo Gargallo, el pato Honorato, la oca Miroca y el pavo Gustavo se fueron juntos a avisar al amo de que el cielo se estaba cayendo a pedazos. Y camina que caminarás, se encontraron con la zorrита Pepita.

—¿Adónde vais tan temprano pavo Gustavo, oca Miroca, pato Honorato, gallo Gargallo y gallina Lina? —dijo la zorrита Pepita.



—Pues vamos a avisar al amo de que el cielo se está cayendo a pedazos —dijeron la gallina Lina, el gallo Gargallo, el pato Honorato, la oca Miroca y el pavo Gustavo.

Pero mirad por dónde se encontraron con el burro Curro que cuando los vio tan alarmados les preguntó:

—¿Adónde vais tan temprano zorrita Pepita, pavo Gustavo, oca Miroca, pato Honorato, gallo Gargallo y gallina Lina?

Y la gallina Lina, el gallo Gargallo, el pato Honorato,



la oca Miroca, el pavo Gustavo y la zorrita Pepita contestaron al burro Curro que iban a avisar al amo de que el cielo se estaba cayendo a pedazos.

El burro Curro los miró tranquilamente y con voz pausada les dijo:

—Pues ya os podéis calmar. Mirad el arco iris que acaba de salir. Ya no hace falta que os preocupéis porque el cielo no se cae. Lo que ocurre es que hace un rato estaba lloviendo.



—¡Oooh! —muy contentos, suspiraron la gallina Lina, el gallo Gargallo, el pato Honorato, la oca Miroca, el pavo Gustavo y la zorrita Pepita.

Y SOBRE LA VIEJA GRANJA BRILLABA
UN BONITO ARCO IRIS.

«Qué aventura tan divertida... La gallina Lina andaba un poco despistada, ¿no te parece? Pensaba que el cielo se le caía encima. Como estaba medio dormida haciendo la siesta sólo se fijó en que algo le rozaba la cabeza al caer.

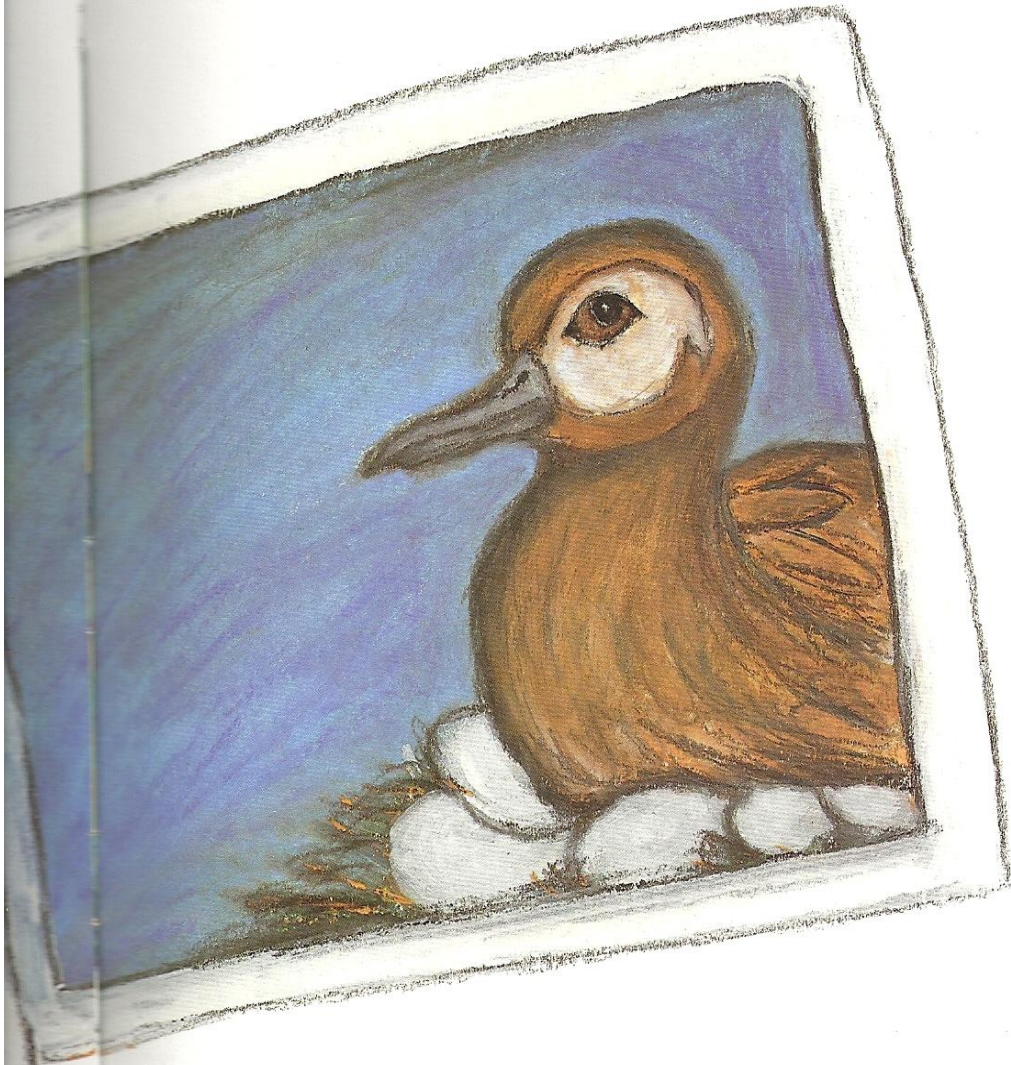
»Si hubiera sido verdad que lo que caía eran pedazos de cielo, ¿cómo crees que habría seguido la historia? ¿Podría ocurrir que el cielo nos cayera encima?

»Pensemos despacito y con calma eso de que las cosas caigan sobre la cabeza de las personas. A ver, ¿qué nos podría caer encima?, ¿qué cosas es imposible que nos caigan encima?»



La mariquita Juanita se preparó para seguir viajando.
«Brrr, empiezo a tiritar, brrr. Y es que ahora voy a
un país donde hace muchísimo frío. Me voy a
Dinamarca. Allí vivió un señor que escribió muchos
cuentos.»





EL PATITO FEO

HABÍA UNA VEZ, EN UN LUGAR LLENO de colinas y llanuras, de bosques y estanques, una pata que estaba incubando. Era verano. Los huevos estaban en el nido bien calentitos y a punto de abrirse. La pata tenía muchas ganas de ver cómo serían sus pequeños patitos. Finalmente las cáscaras de los huevos empezaron a romperse y los patitos fueron saliendo.

—Cuac-cuac —los iba saludando la pata a medida que asomaban la cabecita.

Y ellos respondían con un «cuac-cuac» fino y tímido.

Eran bonitos, tenían las plumas de un amarillo dorado y al abrir los ojitos se maravillaban de todo lo que veían.

Los huevos iban abriéndose, uno tras otro. Todos menos uno que, precisamente, siempre había sido el huevo más grande de todos. La pata siguió incubándolo con paciencia hasta que el patito tuvo ganas de salir. Pero el patito que salió de aquel huevo era diferente de los demás: era más grande y no tenía el plumaje dorado, sino gris. y nada brillante.

—¡Qué le vamos a hacer! —suspiró la pata.

Y sin más preocupaciones, decidió que al día siguiente los llevaría a todos a bañarse para que aprendieran a nadar.



Cuando se metieron en el agua todos los patitos nadaban bien, también el patito gris nadaba bien y hacía las mismas piruetas que los demás. La madre pata no le prestó más atención. Pero los otros patos del estanque, al ver pasar al patito gris, decían:

—Todos son bonitos, como nosotros, pero hay uno que no vale nada, que es diferente.

—¡Qué pato tan espantoso!

—¿Habéis visto qué pato tan grande y tan feo?
Yo no quiero nadar en el mismo estanque que él.
¡Que se vaya!



La madre pata lo defendía diciendo:

—Aunque no sea muy bonito es muy amable y cariñoso. Y es mejor nadador que sus hermanos. Yo lo quiero igual que a los otros.

Pero a medida que el patito crecía se hacía más grande que el resto de sus hermanos y, en opinión de los otros patos, más feo. Todos se burlaban de él.

—¡Es demasiado grande!

—¡Es demasiado gris!

—¿Qué hace éste aquí? ¡No deberíamos tolerarlo!

El patito se entristeció tanto que decidió marcharse. Se encontró muy solo y tuvo que huir de muchos peligros: del gato, de la gallina, de los cazadores...



El otoño llegó y con él los primeros días de frío. El patito tenía frío, temblaba y se encontraba muy solo. Se fue a instalar al lado de un gran lago.

Una tarde vio una bandada de pájaros que salía con vuelo majestuoso de un matorral. Eran magníficos, de un blanco immaculado, de cuello largo y ondulado, y volaban con una elegancia que él no había visto nunca. ¡Cómo le hubiera gustado ser amigo suyo!





Llegó el invierno y los estanques se helaron. Se hacía muy difícil encontrar un refugio, un lugar calentito donde pasar las largas noches de invierno. El patito sobrevivió con muchas dificultades a causa del frío, del hambre y de la soledad. Pero un buen día el sol empezó a calentar y aparecieron las mimosas y las violetas: era la primavera. Entonces el patito extendió sus alas y se estiró desperezándose después del largo invierno. Al estirarse se dio cuenta de que había crecido mucho. Se sentía fuerte y valiente. Orgulloso de ser grande, y acariciado por el sol de la mañana, se lanzó al agua, que ya se había deshelado.



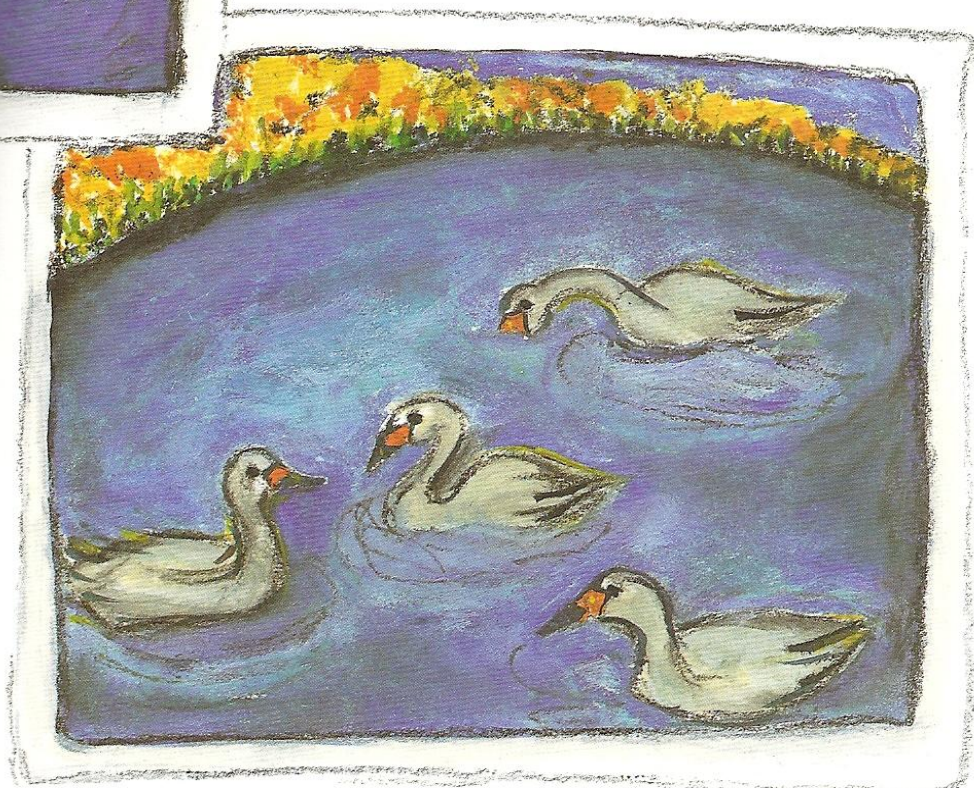
Fue entonces cuando se vio reflejado en el agua. Y no vio un pato gris y desgarrado, sino... ¡un cisne! Se había convertido en uno de aquellos pájaros de pluma blanca y vuelo majestuoso que tanto había admirado. Los otros cisnes se acercaron y lo saludaron. Entre ellos decían:

—¡Qué bonito es!

—¡Y qué gracioso!

—¡Qué bien nada!

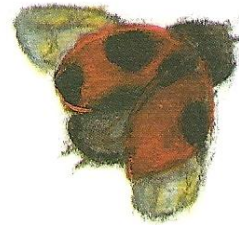
Y EL PATITO FEO LLEGÓ A SER MUY FELIZ.



«Qué cuento tan bonito que se inventó este señor de Dinamarca», dijo la mariquita Juanita llena de ternura. «Pero todavía no entiendo por qué todos los animales le decían feo al pobre patito. ¿Sabéis qué quiere decir que alguien es *feo*?

»¿Vosotros conocéis algún animalito que sea feo? ¿Se parece al patito del cuento? Si conocéis alguno, ¿en qué se parecen y en qué son diferentes?

»El patito feo del cuento ¿pertenece al grupo de los patitos o al grupo de los cisnes?»



La mariquita Juanita se preparó para continuar su viaje.

«Y ahora, ¿adónde iré?»

Al final de su paseo por el mapa había caído en un lugar sin nombre, un lugar maravilloso donde sólo suelen entrar los niños y las niñas, es el reino de la fantasía, donde se entra con los ojos cerrados...



LA BELLA DURMIENTE

EN UN REINO LEJANO, HACE MUCHÍSIMOS AÑOS, vivían un rey y una reina que no tenían hijos. Un día, mientras la reina se bañaba en el lago de los jardines de su palacio, pensaba lo mucho que le gustaría tener una hijita, tan bella como las flores que había en el jardín... De repente, en medio del lago apareció una rana encantada, y le dijo:

—Reina generosa, tu deseo se cumplirá. Dentro de un año tendrás una hija bonita como la Luna y despierta como el Sol. —Y la rana desapareció misteriosamente entre las aguas del lago.

Pasados unos días la reina se dio cuenta de que esperaba un bebé y unos cuantos meses después tuvo una preciosa hija.



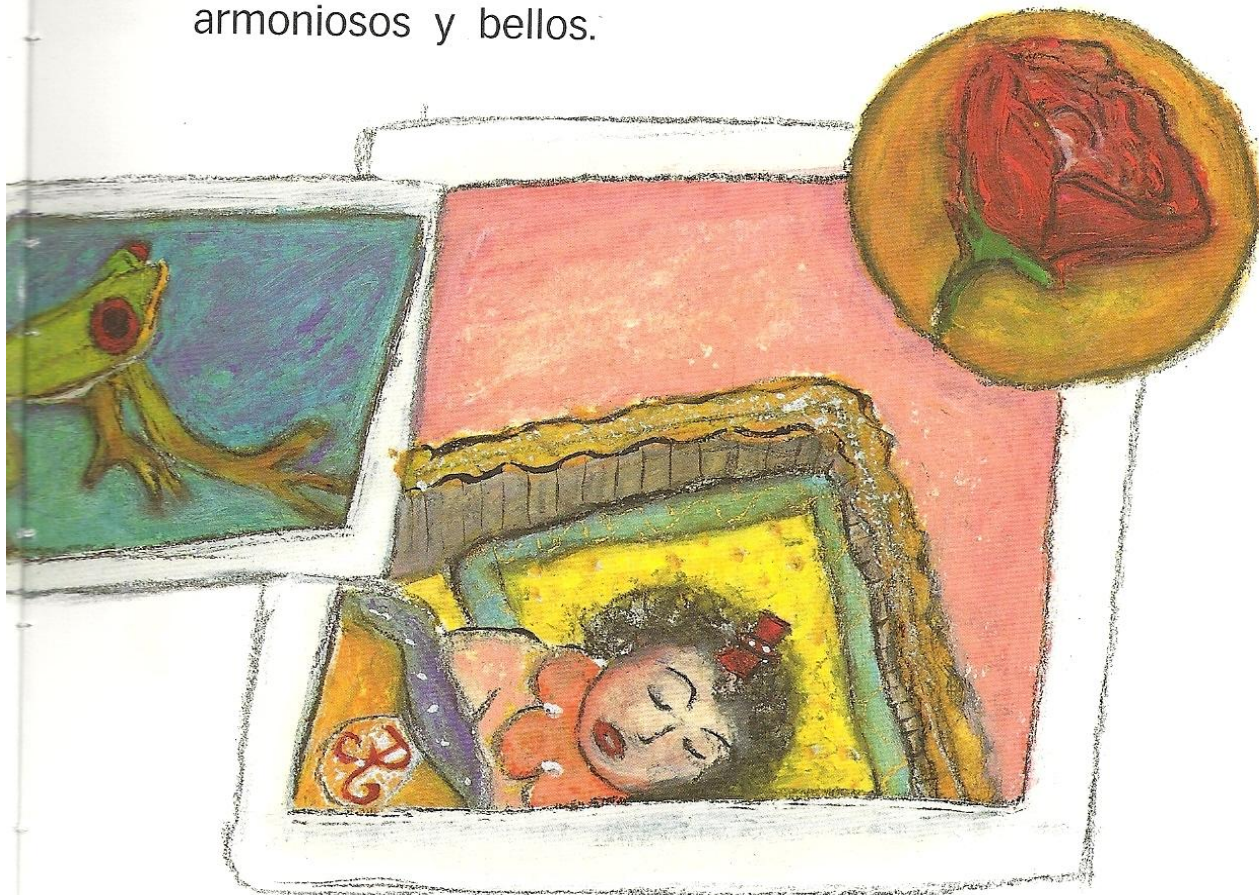
Para celebrar el nacimiento de la princesita, los reyes organizaron una gran fiesta, a la que invitaron a las siete hadas del reino y regalaron a cada una un estuche de oro macizo.

Al final del banquete, las hadas empezaron a ofrecer sus dones a la princesa. La primera hada, que era el hada roja, acercándose a la princesa le dijo:

—Princesita, te concedo el don de la valentía para que puedas combatir los peligros del mundo.

El hada naranja le dijo:

—Bella princesa, yo te concedo el don de la danza para que seas la mejor bailarina, todos tus movimientos serán armoniosos y bellos.





La tercera hada, la amarilla, le concedió el don de la sinceridad.

La cuarta hada, la verde, le concedió el don de la voz para cantar con dulzura y suavidad.

—Cuando entones una canción, el corazón de quien te escuche se llenará de amor y ternura.

El hada de color azul cielo se acercó y le dijo:

—Princesita bonita, te concedo el don de la fantasía. Así siempre tendrás ideas nuevas y podrás ofrecer al mundo cosas bonitas e imaginativas.

La sexta hada, la azul marino, le dijo en voz bajita:

—Te concedo el don de la prudencia para que siempre sepas cómo comportarte.



Antes que la séptima hada se acercase a la princesa, apareció una hada vieja con aspecto de rana. Esta hada no había sido invitada porque se habían olvidado de ella. Al entrar en la sala se oyó un gran trueno que hizo temblar de miedo a todos los invitados. El rey ordenó que le sirvieran la comida, pero no pudo regalarle el estuche de oro porque sólo habían encargado siete.

Con una voz ronca que hizo temblar las paredes, el hada resentida dijo:

—¡Ah, reina ingrata, cuando tu hija cumpla quince años, se pinchará el dedo con un huso de hilar y morirá!

Y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

La séptima hada, que por la interrupción del hada rana no había podido ofrecer su don, dijo:

—Desgraciadamente no tengo poder suficiente para deshacer todo el maleficio, pero lo puedo cambiar: la princesa se pinchará el dedo con un huso pero no morirá. Quedará profundamente dormida, hasta que después de cien años un príncipe la vendrá a despertar.

Para evitar el maleficio anunciado, el rey ordenó publicar un decreto según el cual quedaba prohibido hilar con rueca y tener algún huso en casa.



Pasaron los quince años. Un día la princesa trasteaba por las habitaciones del palacio. Al llegar a lo más alto de una torre, encontró una habitación entreabierta. Dentro había una viejecita que hilaba con su rueca. Esta señora nunca había oído las prohibiciones promulgadas por el rey.

—¿Qué hacéis aquí, buena mujer? —preguntó la princesa.

—Estoy hilando, bonita —le respondió la viejecita.

—¡Qué precioso! —dijo la princesa—. ¿Cómo lo hacéis?

Dejadme probar. Quiero ver si yo también lo sé hacer.

Apenas tocó el huso se pinchó en un dedo y cayó desmayada. La viejecita, muy preocupada, pidió auxilio.

Llegaron personas de todos los lugares del palacio.

Le echaron agua en la cara, le dieron golpecitos en las manos, pero nada reanimó a la princesa.



Entonces el rey recordó la predicción de las hadas. Mandó que la princesa fuese instalada en la habitación más bonita del palacio, sobre una cama con encajes de oro y plata. Tenía los ojos cerrados pero se la oía respirar dulcemente, lo cual probaba que no estaba muerta.

El hada buena que le había salvado la vida tocó con su varita mágica a todos los habitantes del palacio, a todos los



caballos de las cuadras y a todos los perros guardianes. A medida que los iba tocando se quedaban dormidos.

Pasados cien años, un príncipe del reino vecino salió un día de cacería cerca del palacio de la bella durmiente. Preguntó a uno de sus hombres qué eran aquellas torres que se veían por encima del espeso bosque.

—Príncipe, hace más de cincuenta años, mi padre me explicó que dentro de ese castillo duerme la más bella de las princesas. Debe dormir cien años y la despertará el hijo de un rey.

El joven príncipe fue a ver qué pasaba. Se adentró en el bosque y los grandes árboles y los zarzales se abrieron para dejarle paso.

Se acercó solo al palacio que se veía al final de una gran alameda y entró en una especie de patio. Al ver tanta gente dormida sintió un gran escalofrío.

Finalmente entró en una habitación dorada y vio el espectáculo más maravilloso: una joven princesa, bella como

jamas había visto, con la piel resplandeciente y los cabellos dorados, yacía plácidamente sobre la cama. Se acercó temblando, lleno de admiración, y se arrodilló a su lado. Entonces, como el encantamiento llegó a su fin, la princesa despertó y mirando al príncipe a los ojos, le dijo:



—¿Quién sois vos, príncipe? ¿Dónde estoy?

El príncipe, admirado por la belleza de la princesa, se quedó sin palabras y la tomó de la mano.

Acabado el hechizo, todos despertaron y el palacio recobró vida.

Y TODOS JUNTOS VIVIERON FELICES
Y COMIERON CODORNICES.

«¡Oh, qué hermosa esta historia del lugar de ningún lugar! La bella durmiente, el príncipe... Y el hada rana, ¿qué os parece? ¡Qué malvada!

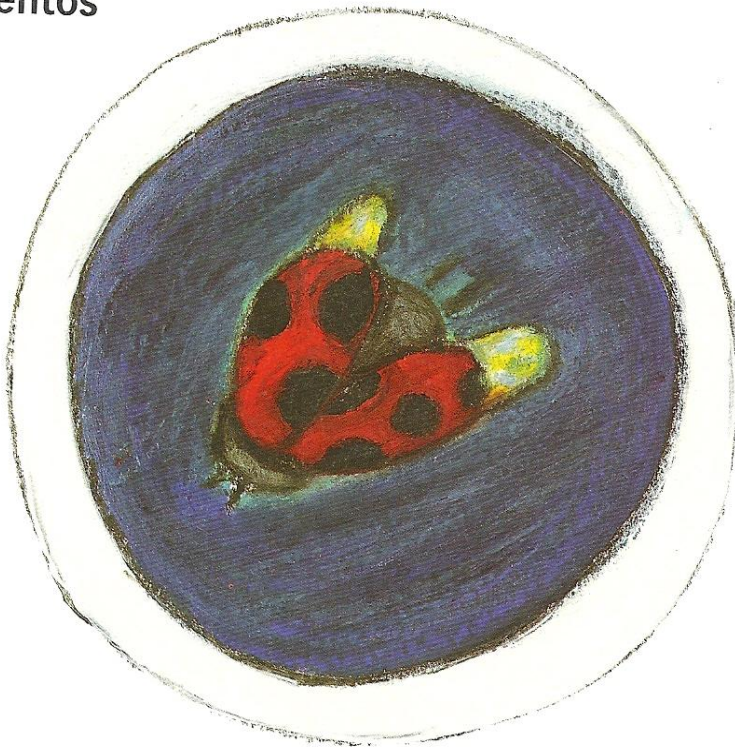
»¿Sabéis de otros personajes de cuentos que también sean malvados?

»Y si el hada rana hubiese sido invitada a la fiesta ¿la historia habría sido la misma? ¿Os gusta el final? ¿Nos podemos imaginar otros finales diferentes para este cuento?»

«¡Oh, qué lástima, creo que mi viaje ya se acaba, pero nos esperan muchos otros. Me ha gustado mucho viajar por estos cuentos y leyendas.

¿Y a vosotros?

¿Podrías hacer un dibujo del cuento que más os haya gustado para que me lo pueda llevar en mi mochila?»



ISBN 84-8063-418-9



9 788480 634182

2200
.00

